

# HORTUS CONCLUSUS, VERSUS PASARÓN

Román Luengo Rodríguez





“Cada uno hace la patria  
con lo que tiene a mano: la sumisa  
herramienta, los vivos materiales  
de su quehacer, un vaho de fatiga,  
una ilusión de amor, y en fin, la rosa  
de la esperanza, aún en la sonrisa”.

-Leopoldo Luis (de Teatro Real, 1957)-

Dicen que la verdadera patria del ser humano es la infancia. La de éste que os escribe tenía un paisaje: al norte, la Sierra de Tormantos que aislaba del frío las casas de sus habitantes. Al sur, mirando desde una especie de balcón, el valle del Tiétar y unas lejanas montañas azules.

Todo un vergel para una vida plena. No soñaba con más patrias, parecía que la vida no necesitaba de más cosas, un hortus conclusus, lugar donde desplegar plenamente la existencia. Todo era naturaleza y unos seres que jamás podría olvidar. Gentes que inventaron el mejor de los mundos para unos niños, ampararon la existencia situándonos en el presente y el futuro.

Más tarde comprendimos que nada se hacía sin esperanza, ilusión y lágrimas. Supimos que éstas se vertían en secreto para que pudiéramos seguir siendo niños.

La familia era una tribu, una fortificación de corazones que nos protegieron de la enfermedad, el hambre, el dolor, el miedo. La barca de la vida se deslizaba plenamente y confiada por cualquier momento de nuestra existencia. Toda una tribu para cantar los eventos de la vida, llenar los vacíos, consolar las desgracias. Vivíamos

en vapores de afectos infinitos, una seguridad descarada dentro de la felicidad y la incertidumbre de aquellos tiempos.

Amé este mundo, pero más tarde y, por mi propio y libre deseo, por mi bien personal como pensaron otras personas de allí, tuve que salir un día. Aquello fue un desgarró, me dolió más que la sacadura de una muela sin anestesia.

Ya no volveríamos a ser los mismos seres y, lo que luego hemos sido, allí encontró su fundamento: familia de padres con hermanos, primos, vecinos, tíos, éstos podían ejercer de padres, yo tuve más de unos padres.

Habitamos las calles, las plazas, el campo, los montes, la amistad, la escuela, la iglesia, el dispensario, el cine, los juegos, verbenas, bodas, cantos y rondas. Todo aquel microcosmos forma ahora parte de nuestras vidas. Hasta los pájaros, las cabras, las ovejas, el caballo, burros, ...

Recuerdo campesinos madrugadores, muy frescos al amanecer y exhaustos al caer el día. Nunca faltaban cantos de las tareas:

“Apañando aceitunas  
se hacen las bodas  
y el que no las apaña  
no se enamora”.

A este coro de hombres del campo se unían los artesanos: tinajeros, silletteros, cesteros, albarderos, caldereros, vinateros, modistas, lavanderas, fabricantes de licores, carpinteros, hojalateros, transportistas, albañiles.

A las horas del mediodía llegaban los pobres refugiados de la Concepción y del Hospital sin puertas. Antes de darles el pan se besaba. Con ellos conocimos las primeras injusticias del mundo.

No faltaron vendedores de coplas, de forma rápida aprendíamos letras y música. Gentes generosas de mi pueblo que contaban con dos pares de herramientas repetidas, unas para prestar a los vecinos, otras para uso personal.

El pan llegaba de la tierra a la tahona, luego a las casas, algunas hogazas quedaban en manos de gentes sin trabajo que esperaba en sus puertas el cese constante de la lluvia invernal.

Mis maestros de la vida, de los números, las letras: “ese filipino fuma, fíate de tu familia”, así, poco a poco, íbamos descifrando el abecedario. Nos hablaban de las estaciones del año, miramos con ellos el mundo en “Rueda de Espejos”, libro entrañable de mi infancia. Conocimos al gusano de seda, las abejas laboriosas, hasta nos hablaron de los futuros viajes espaciales, la rotación de la Tierra.



Quise un día agradecer ese interés y curiosidad por todas las cosas que inocularon en nosotros pero alguno ya había muerto o no estaban en el pueblo. Nunca se pueden olvidar unas manos bellas de maestra joven que enseñaba con una eterna sonrisa. Tampoco aquel olor especial de las escuelas de niños.

Quién se puede olvidar de médicos de 24 horas de servicio. A cualquier hora podías llamar a sus puertas. Médicos que se paraban a consolar cerca de la cabecera de los enfermos y sentados en una silla, sin prisas.

Tampoco olvidaré aquel hombre de sotana, enjuto, con gafas redondas. Renunció a muchas cosas personales y empeñando su vida al servicio de nuestra felicidad en este mundo y en el más allá. Consolaba a todos lo cansados, vigilaba el tiempo de las convalecencias, el dolor de necesitados con sus Conferencias de S. Vicente de Paúl, preguntaba por el curso de las desgracias y alegrías, enseñó a los niños la ética de su tiempo.

No olvido la farmacia, las conversaciones de rebotica. Murió el farmacéutico y no pude estar un rato con sus hijos, igual pasó con los médicos, el practicante de las inyecciones etc. Cuántos favores os debo paisanos. Para todos, los que ya no están, todos los que quedan, perdonad tantos olvidos, faltas de todo. Intentaremos, siempre que nos acequemos ahí, entrar con el máximo respeto al hortus conclusus de nuestra infancia, fundamento de nuestro presente.



Pueblo...“Agradezco a las calles sus esquinas,  
sus rincones oscuros como nidos,  
sus portales sin nadie, resguardados  
de la lluvia y el viento y las miradas.  
Pueblo... que amo, ya tiempo y tiempo  
ha pasado de aquella ternura primera.  
Hoy te agradezco todos tus paseos,  
tus calles, plazas y personas.  
Tus barrios más humildes, cómplices de amor,  
toda tu oscuridad amada y triste,  
donde ha nacido, sin embargo, el beso  
largo y continuo en el que vivo ahora”.

-Jesús López Pacheco-1965